

Orden desde el caos

León Trotsky

13 de enero de 1919

(Versión al castellano de Eulogio Navarro desde *Order out of Chaos*, en *Leon Trotsky – MIA*.
Publicado por primera vez como suplemento a *Pravda*, del 26 de enero de 1919)

Los soldados alemanes vuelven precipitadamente a su patria desde los países a los que les lanzó la voluntad criminal de los agresores alemanes. Las tropas polacas de reciente creación les atacan en su ruta, los desarmaran y luego masacran. Los británicos, franceses y estadounidenses han agarrado a Alemania por la garganta y, con un ojo en el reloj, toman su pulso febril. Esto no les impide exigir a su gobierno que los restos de las fuerzas alemanas marchen a la guerra contra la Rusia Soviética para impedir que libere las tierras ocupadas por el imperialismo alemán. Los belgas, cuyo país ayer mismo fue crucificado por el imperialismo alemán, hoy ocupan toda la Renania Alemana. Los rumanos semimendicantes, desangrados por sus gobernantes malversadores, cuya capital es alternativamente presa de los alemanes y los anglo-franceses, toman Besarabia, Transilvania y Bucovina. Las fuerzas navales estadounidenses, asentadas en un colchón de clavos en nuestro frío y hambriento norte, tratan de desentrañar por qué fueron llevadas allí. En las calles de Berlín, que no hace mucho tiempo presumían de su orden de hierro, se desbordan las olas sangrientas de la guerra civil. Las tropas francesas han desembarcado en Odessa mientras que, al mismo tiempo, grandes áreas de la misma Francia son ocupadas por los ejércitos estadounidense, británico, australiano y canadiense, que tratan a los franceses como a una población colonial. Polonia, resucitándose a sí misma después de un siglo y medio de inexistencia, con delirante impaciencia se dedica a la guerra contra Ucrania y Prusia y provoca a la Rusia Soviética.

El presidente estadounidense Wilson, quien, como el deshonesto e hipócrita Tartufo, vaga por toda la desangrada Europa como el máximo representante de la moral, el Mesías del dólar americano, castiga, perdona y establece el destino de las naciones. Todo el mundo le pide, le invita y le implora: el rey de Italia, los pérfidos gobernantes georgianos mencheviques, el humillado y suplicante Scheidemann, el tornadizo tigre de la clase media francesa, Clémenceau, las cajas fuertes a prueba de incendio de Londres e incluso las comadres de Suiza. Remangándose los pantalones, Wilson salta sobre los charcos de sangre europea y por la gracia de la bolsa de Nueva York, que acertó al colocar su última apuesta en la lotería europea, unifica a los yugoslavos con los serbios, pregunta por el precio de la corona de los Habsburgo, entre dos esnifadas de tabaco redondea Bélgica a expensas de la saqueada Alemania y sopesa si no sería posible atraer orangutanes y babuinos para llevar la cultura cristiana a la barbarie bolchevique.

Europa se asemeja a una casa de locos y parece a primera vista que ni siquiera sus reclusos saben, ni media hora seguida, a quien van a llevar al matadero ni con quien fraternizar. Pero la lección que irrefutablemente se destaca sobre las olas turbias de este caos es la de la responsabilidad criminal del mundo burgués. Todo lo que está ocurriendo en Europa ha sido preparado durante los últimos siglos: por el régimen económico, por las relaciones de estado, por el militarismo organizado, por la moral y la filosofía de las clases dominantes y por la religión de cada sacerdote. La monarquía, la nobleza, la jerarquía de la iglesia, la burocracia, la burguesía, los intelectuales profesionales, los dueños de la riqueza y los gobernantes de los estados, han estado todos preparados, y han preparado, estos acontecimientos incomprensibles que hacen parecer un manicomio a la vieja y “culturizada” Europa cristiana.

El ‘caos’ europeo es un caos solamente en forma; en esencia, leyes superiores de la historia encuentran aquí su expresión, destruyendo lo viejo para crear lo nuevo en su lugar. Con la ayuda de los mismos rifles la población de Europa está ahora luchando en nombre de programas y tareas diferentes, respondiendo a diversas épocas históricas. Básicamente ascienden a tres: imperialismo, nacionalismo y comunismo.

Esta guerra comenzó como un enfrentamiento entre los grandes buitres capitalistas por la captura y la división del mundo, y en esto consiste el imperialismo. Pero para llevar a las masas, compuestas de muchos millones, a la batalla, para incitar a unas contra las otras y para mantener un espíritu de odio y frenesí entre ellas, eran necesarios “ideas” o “ánimos” que estuvieran cerca de las masas, engañadas y condenadas al exterminio como estaban. Y como tal agente hipnótico, la idea de nacionalismo se colocó a disposición de los bandidos imperialistas. El vínculo mutuo entre personas que hablan el mismo idioma y que pertenecen a una misma nación tiene una gran fuerza. Este vínculo no se sentía cuando la gente vivía una vida patriarcal en sus aldeas o distritos provinciales. Pero cuanto más se desarrollaba la producción burguesa, cuanto más se unió aldea con aldea y provincia con ciudad, más gente arrastrada en este torbellino aprendió a valorar un idioma común, el gran intermediario en las relaciones materiales y espirituales. El capitalismo intentó imponerse sobre todo a nivel nacional y dio a luz a poderosos movimientos nacionales: en la astillada Alemania, en la desmembrada Italia, en la rasgada Polonia, en Austria-Hungría, entre los eslavos de los Balcanes, en Armenia. Por medio de revoluciones y guerras la burguesía europea había solucionado, en algunos lugares con rasgones y parches, una parte de la cuestión nacional. Se creó una Italia unificada, una Alemania unificada, sin la Austria germano-hablante, pero con docenas de reyes. Los pueblos de Rusia fueron remachados en el acero viciado del zarismo. En Austria y los Balcanes las furiosas luchas intestinas continuaron entre las naciones que fueron condenadas a cohabitación cerrada y fueron incapaces de establecer formas pacíficas de cooperación.

Al mismo tiempo, el capitalismo superó rápidamente su marco nacional. El estado-nación fue simplemente un trampolín que era esencial para dar un salto. El Capital pronto se convirtió en cosmopolita; encontró a su disposición medios de comunicación globales, tenía agentes y funcionarios que hablaban cada lengua y se esforzó para saquear a los pueblos de la tierra independientemente de su idioma, el color de su piel o la religión de sus sacerdotes. Mientras que la mediana y la pequeña burguesías, y también amplios círculos de la clase obrera, todavía respiraban una atmósfera de ideología nacional, el capitalismo se había convertido, en su lucha por el dominio del mundo, en imperialismo. La matanza global presentó desde el comienzo una imagen amenazante del imperialismo aparejado con el nacionalismo: la poderosa camarilla de capital financiero y la industria pesada había tenido éxito en el aprovechamiento propio de todos esos sentimientos. Pasiones y estados de ánimo

infundidos por el vínculo de la nacionalidad, la unidad de la lengua, recuerdos históricos compartidos y, sobre todo, vivencia común dentro del estado-nación. En el pavimentado camino para el saqueo, la confiscación y la destrucción, los imperialistas de cada uno de los campos en guerra aprendió a inculcar a sus masas populares la idea de que se trataba de una lucha por la independencia y la cultura nacionales. Igual que los banqueros y grandes fabricantes explotan a los pequeños comerciantes y a los obreros, así el imperialismo, sin excepción, toma bajo su control los sentimientos y objetivos nacionalistas y chovinistas fingiendo que está sirviéndolos y salvaguardándolos. Con esta terrible munición psicológica la gran masacre se ha retroalimentado y sostenido a sí misma más de cuatro años y medio.

Pero el comunismo ha aparecido en la escena. En su momento también había surgido en suelo nacional con el despertar del movimiento obrero en el primer, aunque incierto, golpe de la máquina capitalista. En la enseñanza comunista el proletariado se contrapuso a la burguesía. Y si esta última llegó a ser imperialista y saqueadora mundial, entonces el proletariado avanzado se convirtió en internacionalista y unificador mundial. La burguesía imperialista representa numéricamente una minoría insignificante de los pueblos. Hasta ahora ha aguantado, gobernado y reinado y, con la ayuda de las ideas y ánimos del nacionalismo, ha conseguido mantener a las grandes masas de obreros y pequeños burgueses en cautividad. El proletariado internacionalista ha sido una minoría en el extremo opuesto de la balanza. Correctamente espera arrancar a la mayoría de las personas de la servidumbre espiritual del imperialismo. Pero justo hasta la última gran matanza de los pueblos, incluso el mejor y más perspicaz de los dirigentes proletarios no había sospechado con qué fuerza los prejuicios del sistema de estado burgués y los hábitos del conservadurismo nacional estaban todavía incrustados en la conciencia de las masas populares. En julio de 1914 todo esto quedó revelado y fue, sin exageración, el mes más negro en la historia del mundo, no porque los reyes y los comerciantes desataran una guerra, sino porque se las arreglaron para dominar desde dentro a cientos de millones de personas, para engañarlas, enredarlas, hipnotizarlas y psicológicamente involucrarlas en sus hazañas de merodeo.

El Internacionalismo, que durante décadas había sido la bandera oficial de la poderosa organización de la clase obrera, parecía haber desaparecido de inmediato en el fuego y el humo de la carnicería internacional. Luego reapareció esporádicamente como una tenue luz parpadeante de grupos independientes en diferentes países. Los sacerdotes de la burguesía, eruditos y analfabetos, intentaron representar a estos grupos como restos moribundos de una secta utópica. Pero el nombre de Zimmerwald ya había aparecido con un eco alarmante en toda la prensa burguesa.

Los internacionalistas revolucionarios tomaron su propio camino. Como primera tarea se equiparon con una clara evaluación de lo que había sucedido. Una larga “época” de desarrollo pacífico burgués con sus luchas sindicales cotidianas, sofistería reformista y mezquino malabarismo parlamentario, había creado una organización de muchos millones dirigida por oportunistas, que colocaban poderosas cadenas a las energías revolucionarias del proletariado. Por la fuerza de los acontecimientos históricos, la socialdemocracia oficial, que había sido construida bajo el signo de la revolución social, se había convertido en la mayor fuerza contrarrevolucionaria en Europa y el mundo entero. Se había entretejido tan profundamente con el estado nacional, su parlamento, ministros y comisiones, y había llegado a tanta intimidad con sus antiguos enemigos, los bribones parlamentarios de la burguesía y la clase media, que al inicio de la sangrienta catástrofe del sistema capitalista no podía ver más allá del peligro para la “unidad nacional”. En lugar de llamar a las masas proletarias a la ofensiva contra el capitalismo, les convoca a la defensa del estado “nacional”. La

socialdemocracia de los Plejanovs, la Tseretelis, Scheidemanns, Kautskys, Renaudels y Longuets movilizó al servicio del imperialismo cada prejuicio nacional, cada instinto servil, cada pedacito de escoria chovinista, todo lo oscuro y purulento que se había acumulado en el alma de las masas trabajadoras oprimidas durante siglos de esclavitud. Estaba claro para el partido del comunismo revolucionario que esta gigantesca estafa histórica sólo terminaría con el terrible estallido de la camarilla reinante y sus subalternos. Para convocar a las masas a un recrudecimiento militar, disposición al sacrificio y, en definitiva, a pasar años en sucias y malolientes trincheras, era necesario que nacieran en su conciencia grandes esperanzas e ilusiones monstruosas. La desilusión y la amargura de las masas inevitablemente tenían que asumir formas proporcionales a la magnitud del engaño. Los internacionalistas revolucionarios (que aún entonces no se llamaban comunistas) previeron esto y basaron su táctica revolucionaria en esta predicción: “establecieron el rumbo” para la revolución socialista.

Dos minorías conscientes, la imperialista y la internacionalista, se declararon una lucha mortal, y antes de que su lucha se trasladara a las calles, en forma de una guerra civil abierta, había profundizado en la conciencia de millones y millones de personas trabajadoras. Esto ya no consistía en conflictos parlamentarios, que incluso en los mejores momentos del parlamentarismo habían revelado un muy limitado poder de acción instructiva. Aquí todo el pueblo, hasta sus raíces oscuras y perezosas, fue atrapado en las garras de acero del militarismo y violentamente arrastrado a la vorágine misma de los acontecimientos. El Comunismo se opuso al Imperialismo y dijo: “ahora estás demostrando en la práctica a las masas lo que eres y de lo que eres capaz, pero mi turno viene después.” El gran partido entre el imperialismo y el comunismo no se decide por los párrafos de las reformas, las votaciones parlamentarias o las decisiones de huelga de los sindicatos. Los eventos se escriben con hierro y cada paso de la lucha es sellado en la sangre. Solo esto ya había decidido que el resultado de la lucha entre el imperialismo y el comunismo no se alcanzaría por el camino de la democracia formal. Decidir cuestiones fundamentales de desarrollo social por medio de sufragio universal debe haber significado en las condiciones actuales, cuando las preguntas han sido planteadas a distancia de quemarropa, abreviar la lucha entre enemigos de clase mortales y una apelación a un tercer partido en la forma de aquellas masas intermedias y principalmente de pequeños burgueses que no estaban, todavía, involucradas en la lucha o que participaban en ella de forma semiconsciente. Pero fueron justo estas masas, engañadas por la gran mentira del nacionalismo y que experimentaron los estados de ánimo más diversos y contradictorios, las que no podían presentarse ante el imperialismo, ni tampoco ante el comunismo, ni siquiera ante sí mismas, como un tercer partido autorizado. ¿Esperar y postergar una solución a la lucha hasta que estas masas intermedias confundidas recuperen sus sentidos y puedan sacar todas las conclusiones de las lecciones de la guerra? ¿Cómo? ¿De qué manera? Las pausas artificiales son sólo posibles en escaramuzas entre los atletas en la arena del circo o en la tribuna del parlamento, pero no en una guerra civil. Cuanto mayor sea el grado de tensión en las relaciones y a cada desastre alcanzado como resultado de la guerra imperialista, menor posibilidad objetiva de mantener la lucha dentro de los límites de la democracia formal o de una cuenta universal simultánea. “En esta guerra, tú, imperialismo, has demostrado de lo que eres capaz, pero ahora ha llegado mi turno: tomaré el poder en mis manos y mostraré a las masas, que todavía vacilan y están confundidas, de lo que yo soy capaz, a donde las dirijo y lo que les puedo dar.” Tal era el lema de la Revuelta de Octubre del comunismo, y tal es el significado de esa terrible guerra que han declarado los Espartaquistas al mundo burgués en las calles de Berlín. La masacre imperialista fue

solucionada por la guerra civil. Cuanto más ha enseñado la guerra capitalista a los trabajadores a manejar el fusil, más decisivamente comenzaron a utilizar el rifle para sus propios fines. Sin embargo, el viejo baño de sangre, que todavía no ha sido finalmente liquidado, aquí y allá aviva todavía chispas de nuevos enfrentamientos sangrientos a lo largo de líneas nacionales y estatales, y amenaza con estallar en una nueva conflagración. En el preciso momento en que el comunismo está saludando sus primeras victorias y tiene todo el derecho a no temer ninguna derrota, bajo la tierra volcánica todavía saltan las lenguas amarillas de las llamas del nacionalismo.

Polonia, que ayer estaba asfixiada, desmembrada, mutilada y desangrada, hoy en día, en una última y atrasada orgía de borrachera nacionalista, intenta saquear Prusia, Galitzia, Lituania y Bielorrusia. Y aun así el proletario polaco ya está construyendo los Soviets.

El nacionalismo serbio busca una satisfacción de pillaje por las antiguas humillaciones y heridas en el territorio poblado por los búlgaros. Italia le arrebató las provincias serbias para sí misma. Los checos, que apenas se han liberado del talón germano-Habsburgo, embriagados por la independencia efímera que los poderosos tramposos del imperialismo les han dejado, violan las ciudades de la Bohemia alemana y amenazan a los rusos en Siberia. Los comunistas checos hacen sonar la alarma. Los acontecimientos traen más acontecimientos. El mapa de Europa está cambiando continuamente, pero los cambios más profundos ocurren en la conciencia de las masas. Ese rifle que ayer servía al imperialismo nacionalista, hoy, en las mismas manos, sirve a la causa de la revolución social. El mercado de valores estadounidense, que durante mucho tiempo hábilmente encendió el fuego europeo para dar a sus banqueros y empresarios la posibilidad de calentarse las manos con sus envíos, ahora envía a su jefe de ventas y agente de bolsa supremo, el pícaro y zalamero Wilson, para comprobar más de cerca si el asunto no ha ido demasiado lejos. No hace mucho los millonarios americanos reían a mandíbula batiente, frotándose las manos: "Europa se ha convertido en un manicomio, Europa está agotada, arruinada, Europa se está convirtiendo en un cementerio de la cultura antigua; vamos hacer una visita a sus ruinas, podremos comprar sus mejores monumentos, invitaremos a tomar el té a los vástagos más augustos de todas las dinastías europeas; la competencia de Europa está desapareciendo, la vida industrial vendrá decididamente a nosotros y las ganancias de todo el mundo comenzarán a fluir hacia nuestros bolsillos americanos."

Pero ahora el cacareo malicioso está empezando a atascarse en las gargantas de la bolsa de los yanquis. Desde el caos europeo, con cada vez más fuerza y poder, se alza la idea de orden, de un nuevo orden comunista. En medio de la agitación y conmoción de los sangrientos enfrentamientos, ya sean de contenido imperialista, nacional o de clase, aquellos pueblos más atrasados en el sentido revolucionario van alcanzando lenta, pero firmemente, el nivel de quienes ya alcanzaron sus primeras victorias. Fuera de esa prisión de pueblos que era la Rusia zarista, una libre federación de repúblicas soviéticas crece ante nuestros ojos en nuestro propio tiempo con la liberación de Riga, Vilna y Járkov. No hay otra salida, no hay otro camino para los pueblos de la antigua Austria-Hungría y de la península balcánica. La Alemania Soviética se unirá a esta familia que en un mes o dos abarcará a la Italia Soviética y la Francia Soviética. Convertir Europa en una Federación de Repúblicas Soviéticas es la única solución concebible para las necesidades del desarrollo nacional de los pueblos grandes y pequeños sin perjudicar los requisitos centralistas de la unión económica, primero en Europa y luego en el mundo entero.

Los demócratas burgueses soñaron en sus tiempos con los Estados Unidos de Europa. Estos sueños encontraron una respuesta retrasada e hipócrita en los discursos de

los socialdemócratas franceses en las primeras etapas de la última guerra. La burguesía no podía unir Europa puesto que contraponen los divisivos objetivos del imperialismo nacional a las tendencias unificadoras del desarrollo económico. Con el fin de unir a los pueblos es necesario liberar a la economía de las cadenas de propiedad privada. Solo la dictadura del proletariado es capaz de implementar los requerimientos del desarrollo nacional dentro de sus fronteras naturales y legítimas y de coordinar a las naciones en una unidad de cooperación en el trabajo: precisamente así será una Federación de Repúblicas Soviéticas de Europa basada en la libre autodeterminación de las naciones que la compongan. No hay otra solución. Esta unión será dirigida contra Gran Bretaña si ella va a la zaga del continente en su desarrollo revolucionario. Junto a una Gran Bretaña Soviética, la Federación Europea dirigirá sus golpes contra la dictadura imperialista de Estados Unidos tanto tiempo como la república transatlántica siga siendo la República del dólar, hasta que los gritos triunfantes de la bolsa de valores de Nueva York se conviertan en su traqueteo de muerte.

El caos sangriento sigue sobre Europa. Lo viejo está acoplado a lo nuevo. Los acontecimientos empujan acontecimientos y la sangre se cuaja en sangre. Pero desde este caos, más y más firme y valientemente, se dan los pasos hacia la idea de un orden comunista del que la burguesía no puede librarse con sus complots de Versalles, sus bandas de mercenarios, sus voluntaristas lacayos de la conciliación y el socialpatriotismo, o el gran patrón transatlántico de todos los carniceros capitalistas.

Ahora no es un fantasma del comunismo el que recorre Europa como lo hizo hace 72 años, cuando fue escrito el Manifiesto Comunista: las ideas y las esperanzas de la burguesía se han convertido en espectros mientras que el Comunismo marcha a través de Europa en carne y hueso.

13 de enero de 1919, Balashov

Visita nuestra página:

<http://grupgerminal.org/>

Para contactar con nosotros:

germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov

